

## Artículos

## Libertad y responsabilidad en la sociedad política

Francisco José Bobadilla Rodríguez

*Universidad de Piura*

En la historia de Latinoamérica los conceptos de encuentro y desencuentro nos son familiares. Todavía resultan cercanos los bicentenarios conmemorados por los distintos países a lo largo de estos últimos años. El caso peruano es el más reciente, 28 de julio de 2021, y aún seguimos preparando la fecha que cierra nuestra andadura republicana con la Batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. El Bicentenario lo pasamos en plena crisis sanitaria mundial. Como todo aniversario redondo, este nos llevó a unos y otros a reflexionar sobre nuestra identidad en todos los ámbitos societarios: política, economía, cultura, educación, familia, juventud, pueblos originarios, gastronomía, religiosidad, etcétera.

Cada generación, asimismo, ha de buscar las respuestas adecuadas para asumir los retos que la convivencia humana plantea de tiempo en tiempo. El Perú sigue siendo una promesa abierta a múltiples caminos cuyos cimientos están constituidos de una riquísima historia, en la que se encuentran todas las sangres de la multiseccular cultura peruana. Descubrir esas raíces y configurar el presente y futuro del país sigue siendo un reto fascinante para cada generación. La búsqueda de la propia identidad no termina, porque nosotros como país tenemos un particular aporte en el diálogo universal de la globalización. No se trata de cerrar las fronteras geográficas o mentales a lo que viene de otras latitudes, tampoco de disolvernarnos en sus aguas adormecedoras. El encuentro ha de ser plural, abierto a todas las manifestaciones de la cultura humana, sin renunciar a los radicales más genuinos de nuestra historia, síntesis viviente de una fascinante cultura precolombina y una fecunda herencia occidental y cristiana, en feliz expresión de Víctor Andrés Belaunde<sup>1</sup>.

En nuestra condición de mujeres y hombres desplegados en el tiempo, hacedores de nuestro destino, no nos faltarán sobresaltos y sinsabores como

---

<sup>1</sup> En 2021, un grupo de profesores terminamos el proyecto que denominamos *Peruanidad 2021*, un intento de pensar nuestro país en sus diversas manifestaciones, bajo la inspiración de Víctor Andrés Belaunde. Véase Bobadilla Rodríguez, Francisco (editor). *La Peruanidad en el Bicentenario. Ensayos de comprensión*. Lima, Editorial Yachay, 2021.

los que hemos afrontado en estos dos últimos años de crisis sanitaria. Seguimos de pie y no nos falta el temple para pensar y hacer de nuestros países un ámbito de convivencia que permita el bienestar y la vida buena de nuestros conciudadanos.

Este texto, *Libertad y responsabilidad en la sociedad política*, pone el acento en la sociedad, más que en el Estado o en la Democracia, haciendo eco a lo que Víctor Andrés Belaunde (2014) en su célebre discurso de 1914, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, señaló: «Todo fenómeno político envuelve una cuestión moral» (p. 130). La crisis política que aqueja a tantos países es, esencialmente, una crisis moral. Los conceptos y palabras que usamos en todos estos años para denunciar la zozobra política tienen naturaleza moral: corrupción, incapacidad moral permanente; falta de honestidad, transparencia, lealtad y veracidad; carencia de autoridad moral, desconfianza social, falta de imparcialidad... La dimensión ética no es un barniz que se agrega a la convivencia social, es un conectivo esencial de los dinamismos societarios. Para una democracia liberal como la que vivimos, que ha renunciado hace mucho tiempo a procurar la vida virtuosa de sus ciudadanos, la propuesta de Belaunde es sustantiva porque va a la raíz del problema: la formación de las competencias éticas personales que hacen posible la sostenibilidad del proyecto político<sup>2</sup>.

Quizá tendríamos que volver a repensar la política para saber lo que podemos esperar de ella y lo que escapa de sus manos. Una política que solo se queda en procedimientos es presa fácil de las tentaciones del poder, el dinero y la soberbia. Según lo recuerda Innerarity (2018), conviene volver a recordar que en una democracia «el objetivo de la política es conseguir que la voluntad popular sea la última palabra, pero no la única, que el juicio de los expertos se tenga en cuenta, pero que no nos sometamos a él, que las naciones reconozcan su pluralidad interior y se abran a redefinir y negociar las condiciones de pertenencia» (p. 10). En cualquier caso, me inclino a pensar que necesitamos más sociedad y no, necesariamente, más Estado.

El mundo se ha vuelto complejo en sus problemas y actores, en sus luces y sombras. Una mirada rápida al entorno nacional o extranjero nos muestra un hecho: la corrupción y la codicia —por señalar un par de males que nos aquejan— anidan en todos los colores y direcciones del espectro político: derecha, centro e izquierda, liberales y socialistas. «Derecha corrupta» e «izquierda honesta» ya no sirven como bandera. La honestidad no hay que buscarla en las ideologías, hay que cultivarla en las personas. Por eso, hemos de hacer un doble esfuerzo. Por un lado, como bien dice Innerarity (2018),

---

<sup>2</sup> «No cabe moral sin religión. La civilización occidental peca por la sustitución de valores éticos por valores mecánicos, utilitaristas, vitales y de organización materialista». Belaunde, Víctor Andrés. «Peruanidad e Hispanidad» en *Mercurio Peruano*, set. 1941, n.º 174, 496.

«diseñar los sistemas políticos de manera que los malos gobernantes (jueces, funcionarios públicos) no hagan demasiado daño» (p. 13). Y de otro lado, insistir en la formación ética de todos, especialmente, de quienes ocupan el espacio público de la vida social.

Para los sistemas, podemos echar mano de la ciencia política. Para la formación, en cambio, de políticos y funcionarios públicos buenos, hemos de volver a la ciencia ética, no sólo en sus expresiones normativas, sino también —y más decisivo si cabe— en su encarnación en virtudes. Es decir, una formación que haga que las Tablas de la Ley lleguen al corazón de los ciudadanos y se manifiesten en comportamientos observables valiosos. Tarea ardua, larga, que empieza en la casa y la escuela, pero continúa en los centros de formación superior, en los centros laborales y en las diversas comunidades de prácticas. Ciertamente, necesitamos expertos en finanzas, contabilidad, gestión y gobernanza, pero es más urgente que ellos mismos sepan discernir entre el bien y el mal y, sobre todo, que no se cansen de hacer el bien.

Vayamos por partes. Empiezo por una mirada rápida a la democracia. Sobre ella, los últimos años han sido pródigos en estudios que anuncian sus resquebrajamientos. Levitsky & Ziblatt (2018) señalan los golpes que minan los cimientos de la democracia contemporánea, teniendo como telón de fondo la era Trump, quien sería el modelo del autócrata moderno. La democracia a la que hacen referencia los autores apunta a una dinámica de procesos, una forma de gobierno que posibilita la coordinación de intereses de los ciudadanos. Habría que evitar a los depredadores de la democracia, cuyas decisiones desmesuradas dañarían el delicado mecanismo de pesos y contrapesos que hacen funcionar a la democracia.

Para ellos, como para otros analistas, el papel de los partidos políticos es crucial. Ellos son los guardianes de la democracia. En sus manos está elegir al candidato idóneo, para cuyo fin ha de tener legitimidad popular y ánimo tolerante. Al menor asomo de extremismo o comportamiento autoritario en el candidato, el partido político se encargaría de extirparlo. Para saber si estamos ante un autócrata basta pasarlo por una sencilla prueba: ¿Rechaza las reglas del juego democrático? ¿Niega la legitimidad de sus adversarios? ¿Es intolerante y fomenta la violencia? ¿Restringe las libertades civiles y la libertad de expresión? Si da positivo, allí tendríamos a un enemigo de la democracia.

Estados Unidos tiene una larga tradición de bipartidismo no exenta de divisiones internas. Pasaba lo mismo con varios países europeos. Ya no es así: han aparecido otros partidos y facciones disidentes en las mismas agrupaciones políticas. En nuestro país, los partidos políticos son débiles y múltiples. Entonces, ¿adiós a la democracia? Quizá sí, pero sólo a la democracia que los autores anhelan. Y, probablemente, tampoco haga falta

poner una incubadora de partidos políticos. No tenemos partidos políticos sólidos. En hora buena que existan y se vayan fortaleciendo, mas no es el único camino de la política. La subjetividad social y la ciudadanía tienen otros modos de expresarse en el espacio público. La complejidad social no se deja atrapar en un par de explicaciones. Hacemos política a pesar de los frágiles partidos políticos. La democracia de los autores es procedimental, pura forma de gobierno, juego de intereses, propia de élites y de iluminados; no hay contenidos ni bien común.

En esta misma línea, Applebaum (2021) —reconocida historiadora, periodista de opinión y ganadora de un Pulitzer por su obra *Gulag*— en una suerte de crónica política con abundantes fuentes periodísticas, hace un repaso de la política práctica de los últimos años, centrada en la deriva iliberal de los gobiernos de Hungría, Polonia y los Estados Unidos de Trump. El análisis del *modus operandi* de estos gobiernos se extiende a Bolsonaro de Brasil, Le Pen de Francia y Vox de España.

Applebaum es una pensadora liberal y, desde una visión procedimental de la democracia, hace la crítica de las prácticas de estos gobiernos, en la cabeza de sus líderes, en quienes detecta acciones y estilos autoritarios contrarios a la moderación, tolerancia y temporalidad propias de un régimen democrático. Arremete contra los populismos y las teorías conspiratorias con el mismo entusiasmo y énfasis que ponen los que creen en ellas. De los contenidos, del qué de los programas políticos, no se dice gran cosa. La autora se instala en el paradigma de la democracia liberal, en su forma y procesos.

Runciman (2019), profesor de política en Cambridge, se suma a la defensa de la democracia. Desde luego, no se trata de destruir el mundo para salvarla, pero considera el autor que, de las tres alternativas en pugna (el autoritarismo pragmático, la epistocracia y la tecnología digital) ninguna de ellas «está a la altura de la democracia que tenemos, incluso en el lamentable estado actual de la misma. Siguen siendo tentaciones, más que alternativas» (p. 244). En el Perú tenemos de todo, salvo algunas excepciones: partidos políticos desarticulados, líderes improvisados y una fragmentación del electorado muy grande. Pensar que deberíamos tener dos o tres partidos políticos fuertes no parece que sea la solución.

Lo que tenemos ahora son fragmentos de electorado, redes sociales dispersas, elecciones no exentas de sospecha, outsiders y pugna de poderes. Quejarse de estos males no devuelve la paz y prosperidad social que deseamos. Ya nos gustaría tener contentos a todos, de tal modo, como dice Runciman (2019) «que deberíamos admitir que la mejor sociedad sería aquella en la que seres humanos de muy diferentes tipos puedan encontrar cada uno su propio modo de vivir» (p. 232). Una utopía felicitaria difícil de cumplir, pero para cuyo reto, argumenta el autor, la democracia estaría mejor equipada

en la medida en que consiga mantener el discurso abierto y las puertas para todos, ajustándonos continuamente y con la esperanza de que al fondo hay sitio para no quedarnos varados en el paradero del bus.

Althaus (2011) señala que entre los asuntos más graves de nuestro malestar político está la ausencia de los partidos políticos nacionales. Le asusta la fragmentación política actual. Asimismo, el autor mira, también, con recelo el poco sentido democrático liberal de los peruanos que, según encuestas, da como resultado que tres de cada cuatro peruanos tienden a la democracia con deriva autoritaria. Althaus considera que este gen autoritario de nuestra realidad política es herencia colonial: la figura del patrón abusivo se trasladaría a toda autoridad, lo que generaría desconfianza al orden establecido y sus leyes. ¿Cuál será la solución de estos males? La respuesta está cantada: modernizar y profesionalizar el Estado, contar con una clase media activa y contribuyente, cuidar la autonomía de poderes y proteger el marco jurídico de la propiedad.

El cuadro dibujado por el autor es el de un país republicano, moderno y liberal en política, bajo la égida del capitalismo en economía. Las taras serían coloniales; el futuro, liberal. Althaus ha logrado presentar un cuadro convincente –aunque discutible– de nuestra reciente historia republicana. La grandeza del Perú queda en manos de los procesos. Todo se reduce a mecanismos (racionales y liberales, por supuesto). Hay una buena teoría política, pero existe un serio déficit de antropología y sociología básica. Un país de libro, pero no me queda claro si ese es nuestro país. Me parece que en el camino se le escapó del juego el peruano de carne y hueso, libre e inteligente, asociado en múltiples pertenencias, capaz de saltar las vallas de las ideologías a fuerza de sentido común y hombría de bien. El gran ausente es el alma del peruano, el corazón en donde se cocinan los grandes proyectos y las no pequeñas maldades

Daniel Innerarity ofrece una serie de claves conceptuales para situarse en medio de la complejidad social presente. Afirma que:

la diferencia entre una democracia compleja y una simplificada es que la primera trata de equilibrar –aun pagando el precio de la inestabilidad o la contradicción– valores, dimensiones y procedimientos diversos, en ocasiones difícilmente compatibles, mientras que la segunda entroniza uno de sus procedimientos –ya sea la voluntad instantánea del pueblo, las promesas de efectividad de los expertos o la estabilidad del orden legal– y desprecia todo lo demás (Innerarity, 2020, p. 271).

Cuando tiene que decantarse entre sistemas y personas virtuosas, prefiere los sistemas.

En el marco de la política estatal, hay buenos y malos gobernantes. También hay buenos y malos gobernados. Elegir bien, informarse adecuada-

mente, conocer las reglas del juego democrático, controlar al poder, toma su tiempo. Y así vamos entre elecciones y decepciones como lo indica Torres (2020). Este agitado panorama político y social que nos ha tocado vivir ha generado perplejidad y desconfianza. No se trata de echar todo por la borda y empezar desde cero. El esfuerzo que se nos pide es saber articular la diversidad, el pluralismo de voces, de tal manera que encontremos fórmulas para caminar juntos, aunque cualquier punto de llegada tenga fecha de caducidad. En política, poco aportan los «iluminados», más contribuyen los modestos arrieros que hacen camino al andar. Más democracia no quiere decir más Estado, sino más sociedad. La democracia sabe manejarse en la heterogeneidad y complejidad social. Sabemos bastante de lo que nos pasa, pero no lo sabemos todo: la movilidad social y la información nos desbordan. Decidimos en medio de la contingencia para gestionar el futuro: ser o no ser, acertar o no acertar. Difícil tarea la de la gobernanza, pero no imposible. Tarea, eso sí, intergeneracional. Un país mejor para los que estamos y para los que han de llegar.

En todas estas visiones prima la idea de una democracia formal, atenta a los procedimientos, pero ajena a mostrar contenidos, como si los ciudadanos agotáramos nuestra participación en el bien común societario emitiendo un voto y desentendiéndonos del curso de los acontecimientos. Probablemente, en muchos casos sea así, pero no da cuenta de las diversas maneras en las que la participación del ciudadano y de las colectividades se entrelazan en el tejido de la sociedad. Las querencias, pertenencias, ilusiones, proyectos, emprendimientos son, en parte, los rostros de la participación ciudadana en el bien común social.

La democracia formal, cuyo pilar es el balance de poderes, está indefensa ante la magnitud de la crisis y desconfianza generalizada. No queda títere con cabeza. Congresistas, ministros, jueces, fiscales, políticos, empresas periodísticas, periodistas, empresarios han perdido credibilidad o en todo caso, la integridad ya no se presume, sino que debe ser probada. Se percibe la pérdida de confianza en las instituciones democráticas. Ante tantas decepciones y en medio de la guerra de dimes y diretes de unos y otros, el ciudadano medio queda a la intemperie, desangelado y desconcertado. ¿Alguno dice la verdad? ¿Qué oculta esa denuncia? ¿Qué quieren callar con lo que dicen? ¿Puede un implicado en el delito convertirse en colaborador eficaz y así salvar la piel?

## 1. El bien común, responsabilidad de todos

En este escenario de un Estado al que se le escapa la organización política de la sociedad, de una democracia ayuna de contenidos y de una cultura que, en gran parte, ha entronizado al paradigma utilitarista para explicar el

comportamiento de los seres humanos, ¿cuál es el papel del ciudadano, de la familia, de las diversas comunidades en la configuración de la convivencia social? El Estado y su expresión en la política gubernamental consigue a duras penas lograr la *governabilidad* del país. La sociedad civil busca nuevos caminos de participación en el destino de la *polis*. La riqueza de un país está en su gente y el país es tanto más grande cuanto más protagonismo toman los ciudadanos de a pie, asociados de múltiples maneras y generando un sin fin de bienes y servicios que redundan a favor de la familia y de la comunidad. Lo pequeño no sólo es hermoso, es también riqueza material y patrimonio moral.

Al respecto, conviene recuperar el interés por el bien común y ampliar el sentido de la política. Esta última ha sufrido una doble reducción. Por un lado, se la ha encasillado a la toma del poder y, de otro, se la ha limitado a la esfera de la política estatal. Ambas reducciones dejan sin piso a las acciones colectivas que buscan resolver necesidades reales y concretas de la ciudadanía, otorgándole al Estado la primacía en la búsqueda del bien común. Una política, por otra parte, que puede bastante, pero no lo puede todo. Así lo hacía notar Aron (2004): «siempre he aceptado pensar políticamente, actuar políticamente. Nunca he pretendido tener la pureza de un ángel, porque de lo contrario habría renunciado a pensar la política» (p. 393). Es la misma idea que sostenía Emmanuel Mounier, quien afirmaba que los ciudadanos solemos comprometernos en causas impuras, es decir que, cuando se entra en el ruedo político, hay aciertos y, también salpican los errores. Una actuación política, por tanto, modesta y moderada, pues «el político no conoce el futuro, conoce la realidad e intenta navegar como mejor puede, con suma cautela» (p. 393). Esta política del entendimiento, tal como la presenta Aron, no es pretenciosa y, aunque a trompicones, alcanza cotas de bienestar y ciudadanía que los totalitarismos al uso desconocen.

Ejemplos paradigmáticos de la negación de la política son 1984 de George Orwell y *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Como dice García-Huidobro (2012):

Tienen en común la desaparición de la política. Las técnicas de administración buscan producir bienes y servicios y no tratan directamente con la diversidad, la tensión e incluso la oposición manifiesta, que son ingredientes diarios en la actividad política, ya que de individuos semejantes no resulta una ciudad (p. 35).

Y ciertamente es así, pues solo donde hay intereses variados, está la política.

El Estado, en sus varios niveles, no es el único promotor, o el más esencial gestor, de los medios precisos para poder dar satisfacción al bien común. Y no lo es, no sólo por cuestiones de ineficiencia política y económica, sino

porque los asuntos públicos son, igualmente, competencia de la sociedad civil. La política no es patrimonio exclusivo de los políticos de la esfera estatal. Cada ciudadano, individualmente o en grupo, tiene parte en la construcción del bien común de una ciudad o del país. Las ciudades se han vuelto complejas y cada asunto admite más de una solución. Si solo hubiese un cine para toda una ciudad, la discusión acerca de a qué cine iremos esta noche, no tiene sentido. Preocuparse por el bien común, discutir, hacer propuestas y críticas es, justamente, el ámbito propio de la política. Ahí donde hay varios caminos, intereses encontrados y pasiones, ahí está la política; ese es su ámbito natural. Pensar que las respuestas a los problemas es una competencia solo de los técnicos es desconocer la complejidad social. En este orden de ideas, Crick (2001) nos dice que la política no es un mal inevitable, es el modo ordinario de componer las diversas alternativas de la vida buena que buscamos en sociedad.

La política, por tanto, no se agota en las cosas del Estado. Lo estatal, lo regional o lo municipal son solo una de las tantas formas en las que se realiza la politicidad humana. Por eso, las estructuras de un puente, la condecoración a un personaje ilustre, las calles destrazadas, la construcción de un nuevo centro comercial o la inseguridad ciudadana, en la medida en que afectan a la colectividad, son asuntos políticos; mal haríamos en despolitizarlos. El florecimiento humano lleva consigo la expansión de la libertad en busca del bien común, y eso es, claramente, un asunto político. Lo relevante de la vida política no es la conducción de los asuntos del Estado, sino el darse cuenta de que las exigencias de la vida social son insoslayables y constituyen una forma privilegiada de crecimiento para cada uno de los individuos. La subjetividad social tiene múltiples formas de expresarse, de ahí que lo que llamamos, siguiendo a García-Huidobro (2012), «la cosa pública» desborde con creces las «cosas del Estado» (p. 50). Lo que hay que hacer es devolver a la política su dignidad y enhorabuena que el ciudadano de a pie, el ama de casa y el oficinista, se ocupen de los asuntos comunes, poniendo el hombro cuando el bien común lo exija y llamando la atención a los políticos profesionales para que cumplan el oficio para el que han sido elegidos.

El bien común ofrece gradaciones. Interviene la sociedad civil expresada en múltiples colectividades, cada una ellas con sus modos particulares de aportar al bien común. Es el principio de subsidiariedad en su versión horizontal y vertical. Hay una política de la subsidiariedad de ámbito local. El espacio público gubernamental es, asimismo, el lugar de la política, pero no es el único. Este modo en el que la iniciativa privada y de las colectividades se expresan ha sido desarrollado por la doctrina social de la Iglesia. En la Encíclica *Quadragesimo Anno* se dice:

Como no se puede quitar a los individuos y darlo a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e industria, así tampoco es justo,

constituyendo un grave perjuicio y perturbación del recto orden, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden hacer y proporcionar y dárselo a una sociedad mayor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, por su propia fuerza y naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero no destruirlos y absorberlos. (Pío XI, 1931, p. 82)

Hay que respetar las competencias y las responsabilidades de las personas y de las sociedades intermedias.

*La subsidiariedad* es, principalmente, un llamado a la responsabilidad. Nos saca de la zona de confort. Apunta más a los deberes que han de ejercerse y nos son exigibles. Es asumir las responsabilidades desde la libertad situada, como dijo Benedicto XVI (2023) y, desde esas acciones concretas, contribuir a la salud social del mundo globalizado. La mayor libertad ya no puede descansar puramente en dar cada vez más amplitud a los derechos individuales en sí mismos. Bien lo dice Pérez Adán (2022): «Uno es libre hasta donde llega su responsabilidad, de modo que si queremos ser más libres debemos ser más responsables» (p. 60), y eso incluye la aceptación de los vínculos requeridos por las exigencias de la existencia en común y por la conformidad con la esencia del hombre.

Si la responsabilidad responde a la verdad del ser del hombre, podemos decir entonces que un componente esencial de la historia de la liberación es la purificación en curso en aras de la verdad. La verdadera historia de la libertad consiste en la purificación de los individuos y las instituciones a través de esta verdad. (Benedicto XVI, 2023, p. 136)

El ser humano necesita espacio para ejercer su libertad, no solo la libertad de tránsito, sino todas aquellas otras manifestaciones que ponen en evidencia la dignidad de su ser: libertad de expresión, de reunión, de creación intelectual, de acceso a la cultura, etc. Por lo demás, la libertad humana no se agota en la ausencia de coacciones para ejercerla, sino que está llamada a desplegarse en compromisos orientados al logro del bien común. Se trata, pues, de una libertad en la sociedad y para el bien común. No es la «libertad de dejar hacer y dejar pasar» como quería el liberalismo decimonónico. No, la libertad de la que estamos hablando se orienta a un objeto que la acota y especifica: el bien común. Asimismo, es una libertad – libertad social diría el profesor Rodríguez (1984) – que en su vitalidad se expresa en comunidades o sociedades menores, titulares de derechos propios y con exigencias de espacio para su iniciativa.

Reconocer en este campo, la prioridad de la acción personal en el humus social en el que habita (familias, municipios, regiones, universidades, escuelas, empresas) no es moverse en el campo de las buenas intenciones, sino afirmar la fuerza creativa de la subjetividad social: tiene derechos y deberes indelegables que ha de ejercer. Si no fuera así, la participación política

sería epidérmica y se pondría en riesgo la pervivencia de la vida política. La dejación de derechos o la suplantación de deberes personales y colectivos por parte del Estado es camino abonado para los totalitarismos políticos. Cuando falta participación real en la cosa pública que empieza por la participación en lo local (el barrio, la ciudad), lo que queda es una anemia cívica, caldo de cultivo de todo intervencionismo estatal.

¿Más Estado? No, más sociedad, más asociaciones de padres de familia, más grupos juveniles, más clubes, más empresas que asumen la gestión del bien común como algo propio. Cuando la persona y los grupos intermedios dejan de asumir sus propias responsabilidades, se alza la mentalidad colectivista deseosa de recibir todo del Estado, quien asume un insano papel asistencialista que, poco a poco, acaba adormeciendo las capacidades emprendedoras de los seres humanos.

Sí, estamos frente a una crisis del Estado, pero a la vez frente a un renacer de la organización social. Los diversos rostros que tiene la sociedad civil ponen en evidencia que lo que es esencial a la condición humana es la sociabilidad, mas no las contingentes estructuras artificiales de gobierno social. Somos ciudadanos, eso no está en juego. Pero lo somos desde la propia pertenencia cultural, geográfica, económica y regional. Incluso, en pueblos alejados y olvidados por el centralismo político que evidencian la «ausencia del Estado», esta ausencia estatal no significa, necesariamente, ausencia de sociedad, pues en estos pueblos se puede encontrar un verdadero sentido de pertenencia cultural sin ninguna pretensión separatista. Hay un verdadero dinamismo social que el Estado centralista no es capaz de representar cabalmente: la vida desborda las abstracciones administrativas.

La real subjetividad social es dialogante, tiene recursos y discursos particulares, integrados al bien común político. El ciudadano aislado es una abstracción jurídica útil, pero insuficiente para dar cuenta de la riquísima dimensión relacional de la persona. Las normas jurídicas no son ajenas a este pluralismo social y pueden distinguirse en la comunidad política diversos actores sociales —llámese familia, municipio, región; empresa, partido político, sindicato, universidad— que reclaman para sí derechos y deberes específicos.

Así, la sociedad humana se va organizando de abajo arriba desde las relaciones sociales originarias, empezando por la familia hasta llegar a expresiones comunitarias más amplias. Esta ordenación gradual de los grupos humanos constitutivos de la organización social se ajusta a la naturaleza humana cuando se rige por el principio de subsidiariedad, según el cual los grupos superiores sólo deben interferir en el régimen de los inferiores en la medida en que estos no pueden realizar lo que es necesario para su propia existencia.

Pienso que hay un deber generacional para con los más jóvenes: despertar el entusiasmo por el ejercicio de las competencias y responsabilidades

que a las personas y a la sociedad civil le corresponden. Nos aqueja una cierta mentalidad colectivista que paraliza la capacidad emprendedora para asumir las responsabilidades que supone la gestión del bien común local y regional. Esta larvada mentalidad colectivista hace, como bien lo entendió el profesor Millán Puelles, «que nos inhibamos de la responsabilidad social que nos compete, transfiriéndola, como una carga demasiado onerosa para nosotros, a las atribuciones propias del Estado» (Millán-Puelles, 1976, p. 23). Para ser actores de nuestro destino hay que huir del anonimato, es decir, de la negación, o la adulteración, del intransferible y personal sentido de la responsabilidad humana individual. Pedir menos Estado y menos centralismo, supone poner sobre los hombros propios el peso de la gestión que las instancias gubernamentales asumen, algunas veces, impropriamente.

Asimismo, las distintas formas de colectivismo político no han comprendido la naturaleza de la libertad humana y desconfían de ella. Un paternalismo mal entendido, que se niega tercamente a correr el riesgo de la libertad, lleva consigo el desconocimiento y hasta atropello de la iniciativa y responsabilidad de las personas. La amenaza totalitaria sigue al acecho y con ropajes encubiertos podrían plantearse situaciones que sean clara sustitución por parte del Estado de los niveles que por derecho propio le corresponde a la sociedad civil.

## **2. La dimensión ética de la convivencia humana**

Tirar la primera piedra en este ambiente de enrarecimiento moral es muy difícil y me pasa, en más de una ocasión que, ante la tesitura de emitir un juicio personal sobre materias candentes, no alcanzo a tener la clarividencia para hacerme cargo de los diversos vectores que convergen en esos pocos segundos en los que se toma la decisión de obrar el bien o de hacer el mal. Una decisión que puede cambiar drásticamente la biografía personal y acarrear, asimismo, daños irreparables al prójimo. Recuerdo conversaciones con mi padre, juez instructor y fiscal hasta su jubilación, y calzan muy bien estas palabras de Hanna Arendt:

¿Acaso alguien ha sostenido alguna vez que, al juzgar una mala acción, presuponemos que nosotros seríamos incapaces de cometerla? Y es que incluso el juez que condena a un hombre por asesinato puede decir: Así podría haber acabado yo de no ser por la gracia de Dios. (Arendt, 2020, p. 17)

Tenemos muchos escándalos cocinados en la arena económica o en la política estatal. Sabemos, asimismo, que la sola denuncia o lamento son insuficientes. A la democracia formal —la de reglas y procesos transparentes— lo único que se le ocurre es poner sistemas de control cada vez más exigentes y procurar procesos que hagan visibles las prácticas públicas y privadas. Es decir, del legalismo de Hobbes no se sale, porque es todo lo que puede hacer.

Hace tiempo este formalismo político renunció fiarse de las virtudes morales de sus ciudadanos y funcionarios públicos. Lo afirmó Mandelville en *La fábula de las abejas* sosteniendo que los vicios privados generan beneficios públicos. Es decir, afirmaba que una sociedad sería próspera si permite que su gente persiga sus intereses individuales, al punto, incluso, que los vicios privados serían generadores de bienestar público. Algo así como el «roba, pero hace». La realidad es totalmente otra y la hemos vivido en carne propia. El avaro quiere dinero y quiere cada vez más: miles, millones. La avaricia jala a la vanidad y gasta en casas y lujos. El dinero facilita la lujuria. Ya no hace falta trabajar y la pereza vive de las rentas disfrazadas. Un pecado capital llama, inmediatamente, a sus otros seis compañeros de viaje.

Libertad y responsabilidad son componentes de la dimensión ética de la convivencia humana. De ahí que, para aventurarnos en el terreno agreste en el que nos movemos y valorar la consistencia ética de nuestro tiempo, puede servirnos, este aserto de Arendt:

Solo si aceptamos que existe una facultad humana que nos permite juzgar racionalmente sin vernos llevados o bien por la emoción, o bien por el interés propio, y que al mismo tiempo funciona de forma espontánea (...), Solo si damos esto por sentado podemos aventurarnos en ese resbaladizo terreno moral con alguna esperanza de pisar suelo firme. (2020, p. 17)

Una facultad humana independiente, no basada en la ley ni en la opinión pública. La ética clásica llamó a esta facultad «sindéresis», es decir, la capacidad inherente al ser humano de distinguir el bien del mal, descubriéndolos en sus múltiples envoltorios. Ética casera que nos lleva a cuidar las relaciones filiales en la familia. Ética en los negocios para no aprovecharse de la desesperación del ciudadano subiendo descaradamente los precios de los productos. Ética pública para obrar con justicia y resistir a las tentaciones del poder, el oportunismo y la propia fragilidad.

Ciertamente, ni el «curso ineludible de la historia», «la fuerza de los hechos», «las costumbres del momento», «todo el mundo lo hace», «las leyes del mercado» son motivos para eludir la responsabilidad moral de nuestros actos. Tomarse su tiempo, examinar las cosas y sacar las propias conclusiones ayuda a no dejarse llevar por los malos vientos del temporal.

Política y ética se reclaman en las grandes y pequeñas dimensiones del acontecer social. Deseamos que los resultados económicos y las intervenciones políticas gocen de calidad e integridad técnica y moral. No son únicamente los mecanismos del mercado y las instituciones políticas las que flaquean. Lo que hace agua es el mismo paradigma utilitarista y la *forma mentis* cultural que ha construido y propagado. Etzioni (2013), padre de la socioeconomía y promotor del comunitarismo, recientemente fallecido, mostró la precariedad del paradigma utilitarista del liberalismo «purista» y,

señaló igualmente, la necesidad de ampliarlo para comprender la dimensión moral de los dinamismos societarios.

El paradigma utilitarista sostiene que los seres humanos, cada vez que toman una decisión en el mercado, buscan maximizar el propio interés o placer. Una suerte de decisión racional, medianamente informada, con la que se busca obtener un beneficio particular. Este utilitarismo, muy extendido en la sociedad, es — muchas veces — el telón de fondo que subyace en la conducta habitual del ciudadano medio. Se exterioriza en preguntas tales como: ¿y esto para qué sirve?, ¿qué tiene que ver este curso de letras con mi carrera de ingeniería, negocios?, ¿qué gana mi empresa con este programa de capacitación para mis trabajadores?, ¿qué impacto visible y medible tiene este proyecto político? La película *La lista de Schindler* lo grafica muy bien cuando Oskar Schindler tiene que justificar la contratación de ancianos o niñas aduciendo que son trabajadores *useful*, útiles. En gran parte la sociedad consumista, cuyo corolario es el descarte, tiene la misma tonada: en la medida que algo o alguien tiene utilidad se mantiene en la organización o en la casa; por el contrario, cuando desaparece o disminuye esa utilidad, es decir cuando ya no crea «valor», se descarta el objeto o la persona.

Este utilitarismo, en su versión extendida, tal como la presentan Brennan & Buchanan (1987), invade todo el escenario social, ya no es solo el *homo economicus* limitado a sus decisiones en el mercado, es sin más el ser humano que, en cualquier escenario, buscaría ser un ganador, un agente exitoso con buena posición tanto social como económica y con reconocidos logros. Cada paso es un medio para conseguir un resultado exitoso. Del mismo modo, las relaciones sociales se entrelazan en plexos mediales, en donde los seres humanos son considerados como *commodities*, insumos indiferenciados, meras funciones sustituibles y perecibles. En términos de Buber (1997), este plexo medial utilitarista asume la estructura Yo-ello, en donde el otro es un objeto, asimilable a una cosa: se usa y se tira cuando expira su funcionalidad.

Ha dicho Pérez López (1993) que el hallazgo más difícil en una organización es descubrir a la persona que está detrás de la función, descubrirla y relacionarse con ella de acuerdo con su dignidad. Este tránsito del *yo-ello* al *yo-tú*, es decir al otro, mi prójimo, en tanto que persona, supone un aprendizaje que desborda, por elevación, al paradigma utilitarista, instalándonos en una relación interpersonal, en una posición de persona a persona. Recién, en este tramo de la narrativa humana, nos instalamos en lo que el principio ético personalista prescribe: el ser humano es siempre fin, no sólo medio.

No pretendo negar la utilidad ni la licitud de tantísimos plexos mediales sin los cuales es inviable la vida humana. Basta pensar en qué sería de nuestra vida sin productos y servicios que nos facilitan la satisfacción de las necesidades humanas en todos sus niveles. Lo que deseo señalar es que no todo en las relaciones sociales es utilidad. Las personas en el mercado, en la

política, en el mundo de la vida, tienen una variedad de motivaciones que desbordan lo puramente utilitario. Y, así como hay una dimensión económica, política, cultural en la vida social, hay, igualmente, una dimensión moral que lleva a nuevas alturas y honduras al paradigma utilitarista dotándole de ciudadanía ética a lo placentero y útil, abriendo la narrativa humana hacia el bien en sí mismo. Es el paradigma *yo-nosotros* que Etzioni (2013) propone para comprender con mayor amplitud la sociabilidad humana.

Ha sido habitual en las escuelas de negocios y, también, en el discurso político estatal, insistir en la importancia de la toma de decisiones racionales, algo así como una especie de teoría pura de las decisiones en el mercado y en el Estado. Decisiones que opten por el óptimo racional, en la vía de la maximización de beneficios económicos o políticos. Desde esta perspectiva, el aprendizaje consistiría en eliminar todo ruido que sesgue la decisión óptima. Un mundo de puro racionalismo funcional e instrumental, del que se eliminan las derivas afectivas y valorativas, vistas como distorsionadoras de las decisiones inteligentes. En el ámbito político es más llamativo este planteamiento, cuando se insiste en que el voto del elector ha de ser informado para que se opte por la propuesta técnica mejor. Cuando los electores no siguen este patrón, el experto lamenta el resultado de las elecciones al que se ha llegado debido al voto afectivo, nacido del corazón o del hígado, mas no de la cabeza.

El paradigma utilitarista busca la eficacia y está dispuesto a sacrificar a la persona en aras de la eficacia económica o gubernamental. Hay que salirse de ese paradigma para salvar a la niña de las trenzas rojas. Cuenta Gilbert Chesterton la siguiente parábola. Ante la abundancia de piojos en la niñez de los barrios bajos londinenses, la sanidad oficial decretó que se debería rapar totalmente la cabeza de los niños, entre ellos estaba una niña con una hermosa trenza roja: en lugar de abolir los piojos se dispuso a abolir el cabello. Chesterton recuerda que a quien hay que salvar es la niña con su trenza y no a los piojos:

Yo comienzo con el pelo de una niña. Todo lo demás puede ser malo, pero sé que esto, cuando menos, es bueno. Lo que se oponga a ello debe derrumbarse. Si el propietario (de las viviendas), la ley y la ciencia están en contra del pelo de la niña, entonces el propietario, la ley y la ciencia deben derrumbarse. Con el pelo rojo de una chiquilla del arroyo yo incendiaré la civilización moderna: puesto que la niña debe tenerlo largo, debe tenerlo limpio; si debe tenerlo limpio, debe tener casa limpia; debe tener madre libre y descansada, que la peine aun cuando para ello sea necesaria una revolución. (Chesterton, 2008, p. 244)

He pensado muchas veces en esta magnífica defensa que Chesterton hace del valor de las personas, de la vida y del sentido común por encima de los sistemas. No quiero decir que debamos prescindir de los manuales de

funciones o de sanciones, quiero decir que los procesos y sus protocolos han de estar al servicio de la persona. En este sentido, si al entrar a una casa, la puerta le corta la cabeza al inquilino, no se me ocurre pensar que al sujeto le sobraba la cabeza, sino que la casa está mal diseñada. La medida es la persona y no el manual.

Estas reflexiones me vienen a la mente cuando me choco con las telarañas burocráticas que paralizan el libre fluir de la vida. La burocracia y sus procesos en cantidades adecuadas son benéficos, crean rutinas ordenadoras, estandarizan trámites. El problema está cuando los reglamentos cobran vida propia, al punto de deshumanizar las interacciones sociales. Una maquinaria que garantiza la seguridad. Un sistema de normas que premia y castiga, amarra y desata. Pero como le pasa a todo mastodonte, con escasa cintura para atender a la niña de la trenza roja atrapada en el laberinto de sus jueces. Puestos a invertir, no dudo; el mejor tiempo de papá y mamá, del jefe o del superior no está en optimizar los sistemas de control, sino en mejorarse y en mejorar a los suyos para que sean mejores profesionales y mejores personas

Aun cuando el individualismo campea en muchos sectores de la sociedad global y las ciudades parecen más un conglomerado de individuos que una comunidad de personas, las decisiones no se originan solo dentro de nosotros, ni somos marionetas digitalizadas por la masa social. En este camino entre el individualismo libertario y el colectivismo totalitario, con la propuesta de Etzioni y su paradigma *yo y nosotros*, se salva soga y cabra: libertad creativa y fondo social, de tal manera que se dejan a salvo las libertades individuales y, a la vez, se reconoce la intrínseca sociabilidad humana afincada en comunidades viables en donde los seres humanos modelan valores y afectos. Valores éticos, afectos, querencias (incluso, demonios y malquerencias) que se adquieren en las distintas comunidades de las que se forma parte: la familia, el barrio, el club, la ciudad...

El paradigma utilitarista y sus versiones expandidas en gran parte de la cultura contemporánea dan por sentado que los seres humanos buscamos tan solo maximizar beneficios, en la línea de no dar puntada sin hilo. No deja de ser cierto, en gran medida, en el mercado, el gobierno e, incluso, en la mentalidad del *networking* y de las redes sociales: se vive para los contactos. Interés propio hay bastante, pero no es lo único que hay. También hay decisiones realizadas desde la magnanimidad, la generosidad, la reciprocidad, la solidaridad, la confianza, la gratuidad. La dimensión efusiva del ser humano no es un etéreo deseo romántico, es una realidad y un móvil de la conducta humana; no es algo periférico en la persona, le es consustancial. El altruismo, la gratuidad no caben en la explicación de la teoría de juegos, ni siquiera en el esquema ganar/ganar. La dimensión ética de la conducta humana escapa a la formalización del cálculo de intereses. El mercado y la política estatal, dejados a sus mecanismos y sistemas, erosionan el capital

social y la solidaridad. Basta un poco de desconfianza y la bolsa de valores tiembla: las finanzas son frágiles y el capital económico huye al menor ruido social o político.

Llegados a este punto, surgen las siguientes preguntas: ¿qué podemos hacer para insuflarle consistencia ética a la economía (el mercado), a la política (el Estado) en la situación en que se encuentra esta tecnoestructura?, ¿cómo volver a darle peso específico a la dimensión ética en todos los ámbitos sociales, en el espacio público y en el privado? El reto, me parece, no es dejar a su aire a estas esferas estructurales, sino más bien, procurar su humanización en un camino que va de la persona y la sociedad civil hacia las estructuras económicas y políticas gubernamentales. No es borrón y cuenta nueva, tampoco una vida paralela a la tecnoestructura. Es aportar al florecimiento de la vida buena desde el mismo nacimiento de la operación, distinguiendo ámbitos, desde luego, pero sin separarlos. ¿Cómo, entonces, le devolvemos la confianza al ciudadano de a pie ante la precariedad económica y política actual? Si, como señalaba al inicio de este texto, la raíz de la crisis es moral, su solución ha de ser moral. Un camino largo, lento, porque lo que hemos de mejorar primero no son las estructuras, sino la persona a quien hay que devolverle capacidades y responsabilidades, esperanza e ilusión. La solución de fondo no está en la toma del poder, está en la fuerza creadora de la libertad humana.

## Bibliografía

- Arendt, Hannah (2020). *Responsabilidad personal y colectiva*. Barcelona: Página Indómita.
- Aron, Raymond (2004). *El observador comprometido. Conversaciones con Jean Louis Misisika y Dominique Wolton*. Barcelona: Página Indómita.
- Applebaum, Anne (2021). *El ocaso de la democracia: la seducción del autoritarismo*. Debate.
- Belaunde, Víctor Andrés (1941). «Peruanidad e Hispanidad». *Mercurio Peruano*, volumen 174, p. 496.
- Belaunde, Víctor Andrés (2014). *La crisis presente 1914-1939* (7.a ed.). Lima: Editorial San Marcos.
- Brennan, H. Geoffrey y James M. Buchanan (1987). *La razón de las normas. Economía Política Constitucional*. Madrid: Unión Editorial.
- Buber, Martin (1997). *Diálogo y otros escritos*. Barcelona: Riopiedras.
- Chesterton, Gilbert Keith (2008). *Lo que está mal en el mundo*. Barcelona: Acantilado.
- Crick, Bernard (2001). *En defensa de la política*. Barcelona: Tusquets Editores.

- De Althaus, Jaime (2011). *La promesa de la democracia. Marchas y contramarchas del sistema político en el Perú*. Lima: Editorial Planeta.
- Etzioni, Amitai (2013). *La dimensión moral*. Madrid: Palabra.
- García-Huidobro, Joaquín (2012). *¿Para qué sirve la política?* Santiago de Chile: Instituto República.
- Innerarity, Daniel (2018). *Política para perplejos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Innerarity, Daniel (2019). *Una teoría de la democracia compleja: Gobernar en el siglo XXI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Llano, Alejandro (2002). *La vida lograda*. Barcelona: Ariel.
- Millán-Puelles, Antonio (1976). *Universidad y Sociedad*. Madrid: Rialp.
- Benedicto XVI (2009). *Carta Encíclica. Caritas in veritate*. 29 de junio
- Pío XI (1931). *Carta Encíclica. Quadragesimo Anno*. 15 de mayo.
- Pérez, José (2022). *La sociedad por venir*. Madrid: Ideas y Libros Ediciones.
- Pérez López, Juan Antonio (1993). *Fundamentos de la dirección de empresas*. Madrid: Rialp.
- Ratzinger, Joseph Aloisius (2023). *Vivir como si Dios existiera: Una propuesta para Europa*. Madrid: Encuentro.
- Rodríguez Casado, Vicente (1984). *Elogio de la libertad social*. Piura: Ediciones Universidad de Piura.
- Runciman, David (2019). *Así termina la democracia*. Barcelona: Paidós.
- Torres, Alfredo (2020). *Elecciones y decepciones*. Lima: Planeta.